



SUMARIO.

6 *Texto.*—Doña María Luisa Fernanda, duquesa de Montpensier. —El primer beso de amor, por Antonio de Zaldívar. —La gente de pluma y letra, por Fernando Costa. —La niña y la primavera, por E. Llofríu y Sagrera. —La caravana. —El nuevo Isaac, por E. Virra. —El capitán Erradio, por A. Montaut. —En una noche de estío, por José F. Sanmartín y Aguirre. —Aventuras de Chirivitas. —Cursos nocturnos para adultos. —La falta de un clavo. *Grabados.*—Doña María Luisa Fernanda. —Doña Ana y su hijo. —La Caravana. —Cursos nocturnos para adultos. **CUARTOS NÚMERO SUELTO.**—MADRID Y PROVINCIAS.

CALENDARIO DE LA SEMANA.

Domingo...	11	S. Leon el Mag. p. dr.
Lunes.....	12	S. Constantino y Victor.
Martes.....	13	S. Hermenegildo, rey Sev.
Miércoles...	14	S. Pedro Gón.
Jueves.....	15	Stas. Basilisa y Anastasia.
Viernes.....	16	Sta. Engracia, v. y mr.
Sábado.....	17	Bta. María Ana Jesús.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En toda España con opcion al regalo de la carpeta.—Un año, 32 reales.
Colonias Españolas y Extranjero.—Un año, 80 rs.
En las demas naciones fuera de Europa.—Un año, 100 rs.
 Se suscribe en su Administracion, calle de Prim, 33, bajo, y en las principales librerías del reino y extranjerías.
ANUNCIOS.—Para la segunda mitad de la última plana, 2 reales línea.

MADRID Y PROVINCIAS.—NÚMERO SUELTO,

6 CUARTOS.

AÑO III.—DIRECTOR, D. F. COSTA.

Madrid 11 de Abril de 1869.

ADMON., CALLE DE PRIM, 33.—NÚM. 6.

DOÑA MARÍA LUISA FERNANDA,
duquesa de Montpensier.

No es nuestro ánimo trazar una extensa biografía de la augusta señora cuyo retrato presentamos hoy á nuestros lectores. Quédese esto para plumas mejor cortadas y mas autorizadas que la nuestra; pero cumple á nuestro propósito consignar algunas palabras respecto á la ilustre esposa del duque de Montpensier.

Guia á nuestro periódico un alto fin de moralidad, guia nuestra pluma la mas estricta imparcialidad, y por eso no hemos vacilado en presentar á nuestros lectores este raro conjunto de virtudes, este modelo de esposas y madres, llamado duquesa de Montpensier.

Y hemos escogido este modelo en tan elevada region, porque desgraciadamente allí son raros estos tipos.

Doña María Luisa Fernanda se casó el 10 de Octubre de 1846 con el duque de Montpensier, y apartada desde entonces de la fatal atmósfera que rodeaba el alcázar madrileño, se identificó con su noble esposo y comenzó para ella una vida llena de inefables gozes.

Vió en Francia en 1848 una revolucion notable por mas de un concep-



DOÑA MARÍA LUISA FERNANDA, duquesa de Montpensier.

to, y esto la hizo adquirir grandes y nobles ideas políticas (1); vió luego miserias y dolores, y su corazon experimentó el santo placer de enjugar lágrimas y de socorrer al desvalido. ¡Placeres de almas puras y virtuosas!

Fijan despues su residencia en Sevilla, y desde entonces el nombre de los duques empieza á popularizarse en España, porque no hay gloria nacional porque no se interesen, ni dolor que no mitiguen, ni desgracia que no remedié.

La duquesa de Montpensier crea la asociacion de Beneficencia, y ¡raro contraste! véense confundidas en este acto á la mujer de un lidiador de toros (Cúcharres) con la descendiente de cien reyes.

No hay desgracia ni dolor que no encuentre alivio si á la duquesa acude ó si esta noble señora sabe que existe; no hay deber público que no haya llenado, no hay obra de caridad á que no se haya unido, no hay pensamiento patriótico á que no se haya adherido.

Se inundó Sevilla, el luto y el espanto se apoderó de la poblacion, la

(1) Respecto á los que calumniándole han acusado al duque de Montpensier de ha-

miseria ostenta su macilenta luz; pero hay ángeles en la ciudad de Hércules, y los duques de Montpensier, solos con sus hijas, en una débil barca, van repartiendo pan y todo género de consuelos.

Cae en ruinas por el lamentable descuido del gobierno español el convento de la Rábida, donde llegó Colón con su hijo, y donde por primera vez reveló sus gigantescos planes, y los duques de Montpensier acuden presurosos, reedifican el convento y salvan una gloria nacional.

Invade el cólera á Sanlúcar en los años 54 y 56, y allí se encuentra la duquesa desafiando los rigores de la cruel epidemia, llevando al lecho del moribundo su cristiana caridad y sus angelicales consejos.

Las discordias civiles ensangrientan nuestro suelo, y la duquesa de Montpensier alza su voz para implorar clemencia y perdón, y los desterrados y próscriptos reciben consuelos y auxilios.

Agrávase la situación política de nuestra patria; grandes errores amenazan envolverla en una desastrosa ruina, y la duquesa, enferma y en cinta, abandona su querida Sevilla y lleva á la corte, con el ejemplo de su vida pura y sin mancha, los consejos mas saludables para remediar males sin cuento que todos preveían.

Una áspera repulsa y poco despues el destierro, fueron el premio dado á sus generosos y nobles consejos.

Y tambien en el destierro dió pruebas de su abnegación sin límites, de su caridad inagotable, de los bellísimos sentimientos de su alma.

Una de sus damas de honor, que llevaba cerca de veinte años á su lado, la marquesa de Cela, estaba enferma.

La duquesa empleó todos los medios para hacerla quedar en Sevilla, ya que no estaba comprendida en la orden de destierro; pero insistiendo aquella en participar de la suerte de la familia, la siguió hasta Lisboa. Poco despues de su llegada se agravó la enfermedad; y mientras que los duques estaban detenidos en el Tajo, á bordo del buque español, esperando la venia de las indecisas autoridades portuguesas, fué trasladada, por parecer de los médicos, á una fonda, donde murió. La duquesa la asistió constantemente como una enfermera, y como hubiera podido hacerlo tan solo una hermana ó la mas íntima amiga. Estuvo presente á su último momento.

Despues de esto, los amigos de la duquesa le instaron para que retirándose, buscara algun reposo á la fatiga, que habia durado dos semanas y habia puesto á prueba sus fuerzas y sufrimiento; pero ella rehusó, y luego que se hubo repuesto volvió á entrar en la cámara mortuoria, y con sus propias manos prodigó los últimos cuidados que pueden llamarse sagrados para una mujer, diciendo cuando hubo concluido, á uno de sus servidores:—«Bien sé que si yo hubiera estado en su lugar y ella en el mio, no hubiera permitido que me tocasen otras manos que las suyas, y á lo mismo me encuentro obligada. Dios la perdone.»—La escena terminó con una Misa solemne al romper el alba, y creemos que Dios miró con mi-

sericordia y amor la obra de verdadera caridad fraternal que se habia efectuado.

Tal es la duquesa de Montpensier: Amable, franca, cariñosa, inteligente, caritativa y esforzada. Dotada de un carácter poco comun que ennoblece todas las facetas de la vida; y como esposa, madre y amiga, es un santo modelo digno de imitarse.

Es su casa un santo templo donde reina la virtud; son sus costumbres puras y sencillas; es su vida una serie no interrumpida de actos benéficos.

Sus hijos, su esposo, los seres desgraciados; hé aquí las afecciones de su alma noble. Hacer bien, todo el bien que puede; hé aquí sus únicas aspiraciones.

Y nosotros, que no conocemos la adulación; nosotros, que solo rendimos tributo á la virtud y al mérito; nosotros, cuya independencia é imparcialidad es bien conocida, no vacilamos en repetir lo que los pobres de Sevilla esclaman á cada momento.—«¡Benditos sean estos ángeles de la tierra!»

FERNANDO COSTA.

EL PRIMER BESO DE AMOR.

¿Sabeis lo que es el primer beso de amor?

¿Habeis sentido alguna vez en vuestros labios, trémulos de emocion, ese ruido dulcísimo, quizá acompañado del susurro delicioso de un suspiro, que se llama primer beso de amor?

¡Oh! Si lo sabeis, si alguna vez en vuestra vida sentisteis el fuego de unos labios vírgenes, y se derramó por vuestras venas el magnetismo del éxtasis, ya conocéis bastante. Ya sabeis lo que es el paraíso.

Si un eco de ese mismo ósculo llegó murmurando amor á los desiertos mas profundos de vuestra alma, y quisisteis investigar dentro de sus arcanos; si ese acento mudo de la felicidad indescriptible, pudo abrirse paso á través del enagenamiento y llegó hasta la conciencia, ¿no os asaltó la idea de la deificación?

Yo hé visto á dos amantes, cuyos espíritus enlazados por la pasión en ese vuelo secreto que el alma tiende á la inmensidad, despues de haber corrido las grandiosas soledades de lo ideal, y tal vez inspirados por el purísimo de los ángeles, se reconcentraban en sí mismos, para brotar ardientes y trasfigurados de aquellos labios encendidos que se unían para departir en el idioma de la música, mientras mi alma, arrastrada por la adivinación, se inclinaba para decirles:

—Hijos del sentimiento, que sea ese el arrullo celestial de la pureza que se desprende de la tierra, para volver trasformada en divinidad, y con algo de la ambrosia que habreis robado á los espíritus del cielo.

¡Oh atributos de la inocencia! ¡Oh primer beso de amor!

¡Ah! Si me comprendéis; si escucháis este suspiro que arrebató de mi alma el sentimiento augusto de lo divino y lo pasado, apartad de mi corazón los goces de la tierra, rasgad la púrpura de la gloria, dejad mi alma en el esqueleto del amor y enseñadme una hija de la inocencia, pálida y convulsa, que me

ofrezca sus labios abrasados en el deseo, para buscar la felicidad de un primer beso de amor.

Virgen sencilla, niña casta, que apenas despiertas á la vida las quejas de tu corazón, tal vez llorando sus solitarias palpitaciones, languideces ante el recuerdo de un momento de gloria, de un instante en que tu alma midió sus fuerzas en el terreno de la pasión, ¿por qué no eternizaste tu felicidad con un primer ósculo que dejara escritas las huellas de la fruición en la sublime página de tus memorias de amor?

Y tú, alma gigante, poeta del sentimiento, que te lanzas á ese sol fosfórico que alumbró el paráninfo de la inspiración, baja á la tierra, adora la melancolía de esa virgen, liba el sagrario de su ternura, arranca de sus labios lo que la divinidad ha impreso y vuela despues á ese planeta luminoso donde tal vez encuentres vestales que guarden el fuego de la inmortalidad, para hacer imperecedero todo lo maravilloso, todo lo grande que hay en la tierra.

¡Oh amor! Si los hombres no te conocieran, si ignoraran que existe en tí la solución de lo sublime, bastaría el primer beso de un ángel tímido para que el alma, sobreponiéndose á sí misma, buscara un mundo de agitados encantos y delicias infinitas, y llegara á entronizar el sentimiento en el dominio del frenesí celeste.

¡Oh amor! Al unir los labios de dos seres que confunden sus almas, tú imploras la melodía de los ángeles, para armonizar aquel sonido mágico con la música divina, y tú alcanzas de los cielos los perfumes de la primavera, para embalsamar el effluvio de sus almas con los aromas de la creación.

¡Oh esencia de la vida! ¡Oh primer beso de amor!

¿Veis esa madre que vierte dulces lágrimas junto á un lecho vacío, que adora un tálamo donde há de enterrarse una virgen para nacer una madre?

¿Oís ese acento que recuerda otro lecho nupcial, donde tambien ella sepultó sus atributos de ángel?

Llora. ¿Por qué?

Escuchad. Hay una memoria en el sagrario de sus recuerdos inquebrantables. Hay un recuerdo magno en el santuario de sus memorias. Esa memoria, ese recuerdo, reproducen en su alma un sonido y un aliento de fuego.

¿No adivináis? El primer beso de amor.

¡Ah, sí! La expresión de dos espíritus que visitan el cielo, alumbrados por una ráfaga de iluminación interna. El destello que rompe las tinieblas del pasado.

¡Oh Eva! ¿Por qué pecaste? Tal vez adivinarias el primer beso de amor.

Los que no habeis amado, encended vuestra alma con el sueño. Los que amais, soñad con un ósculo. Los que poseéis la memoria del amor, besad el recuerdo.

Vírgenes, no soñéis el amor sin su primer beso. ¿Cómo quedaría la lógica del alma?

Imaginaos una mujer que no ama. A esa flor le falta el rocío de la primavera.

Suponed que una mujer enamorada no ha recibido el primer beso de amor. A esa pasionaria le falta el sol de las flores.

¿Comprendéis que un instante de delirio deje im-

ber abandonado á su esposa en aquellos acontecimientos, creemos contestar copiando lo que un testigo presencial de los acontecimientos de Febrero, en Francia, ha dirigido á *El Memorial Diplomático*.

«Señor director de *El Memorial Diplomático*.

Muy señor mio: En el número del jueves 22 de Octubre de 1868 de *El Memorial Diplomático*, entre diversas afirmaciones, cuyo origen é intencion no trato de averiguar, hé leído una que no puedo dejar pasar sin oponerle la mas enérgica protesta.

«Estoy persuadido de que el mismo caballero L. Debranz de Saldapenna, mejor informado, sentirá haberse hecho eco, sin quererlo sin duda, de una calumnia que nadie ha creído formalmente jamás. En 1848 todo parecia permitido contra los príncipes de la casa de Orleans; pero confieso que me admira leer en un periódico serio de 1868 las indignas historietas de aquella época.

«En el número del *Memorial* de que hago mencion, el caballero de Saldapenna repite por vez segunda la acusación inaudita de haber abandonado el señor duque de Montpensier á su joven esposa en el palacio de las Tullerías, donde la encontró M. de Lasteyrie, arrinconada en un pasillo oscuro. No dudo que M. de Lasteyrie, si la casualidad pone á su vista esta extraña narración, se apresurará á desmentir el hecho, diciéndonos, como en otras ocasiones lo ha verificado, que no encontró á la señora duquesa de

«Montpensier en un pasillo oscuro de las Tullerías, sino que fué á buscarla á la puerta misma del gabinete del rey, donde la familia se hallaba reunida, y que la cariñosa hospitalidad recibida en defecto por la señora duquesa de Montpensier en casa de Mad. de Lasteyrie, dama de honor de las princesas hijas del rey, nos refirimos. El mal estado de salud en que su alteza se encontraba, pues algunos meses mas tarde debia dar á luz en Sevilla á la actual señora condesa de París, habia motivado de parte de M. de Lasteyrie este ofrecimiento espontáneo, dirigido al señor duque de Montpensier, y que éste acogió con reconocimiento. M. de Lasteyrie recibió por lo tanto á la joven infanta de las manos mismas de su marido, que iba á dejar á París con el rey, y antes de la invasión de las Tullerías, donde M. de Lasteyrie no entró con la multitud, como se ha supuesto, habiendo consentido su alteza por sí en salir de palacio apoyada en el brazo de un amigo seguro.

«Tal es, caballero, la verdad exacta acerca de un incidente que de nuevo se tiene empeño en desfigurar: y puesto que *El Memorial Diplomático* ha creído deber publicar de él una relación completamente errónea, permitidme que confie en que no dudará en hacer pública esta rectificación.

«De V. seguro servidor, etc., Antoine de Latour.—Lisboa 27 Octubre 1868.»

Despues de publicar la carta que precede, *El Memorial Diplomático* hace la siguiente rectificación noble y leal:

«Al acoger la rectificación que encierra esta carta, creemos deber protestar contra la intencion que su autor nos supone, de haber querido repetir imputaciones calumniosas relativamente al señor duque de Montpensier.

Es cierto que hemos dicho en nuestro número del 22 de Octubre último que «M. de Lasteyrie habia encontrado á la señora duquesa de Montpensier en un corredor oscuro de las Tullerías, y le habia ofrecido para la noche un asilo en el seno de su propia familia, hasta que S. A. pudiera reunirse con su esposo, de quien habia quedado separada por la precipitación con que se habia verificado la fuga del rey Luis Felipe.» Nos parece difícil, sin embargo, encontrar en esta parte de nuestro artículo el menor término propio para confirmar las odiosas acusaciones contra que reclama la carta de M. de Latour. Nos hemos engañado, convenimos de buena fé en ello, acerca de las circunstancias en que tuvo lugar la separación de que se trata; pero nada hemos insinuado respecto á ella, que directa ó indirectamente haga recaer sobre el señor duque la sospecha de haber abandonado á su esposa á los peligros de una situación tan crítica.

De todas maneras, nos consideramos felices en proporcionar á S. A. una ocasion para disipar hasta la duda mas ligera que pudiera subsistir en la opinión pública, acerca de la conducta observada por él en las jornadas de Febrero.»

presos en el alma el éxtasis del momento y la felicidad del porvenir? ¿Imaginas que una ráfaga de luz envuelva el corazón en una eterna aureola de supremo bienestar? ¿Conoceis una armonía inefable que cruza vuestro pecho, dejando un eco infinito de gloriosa entonación?

Muy bien; vosotros habeis sentido un primer beso de amor.

¿Hay un corazón que sufre? ¿Hay un alma que llora? Mirad una mujer. Amadla; pedidla un beso de amor.

¿Sois feliz? ¿Gozaís algún bien en la tierra? No decís que amais. Ya lo sé.

Si quereis un templo para vuestra pasión y un altar para vuestra alma, ahí teneis los labios de la mujer que os ama.

¡Oh filósofos profundos, apóstoles de la razón: vosotros rasgais el sudario de vuestras ilusiones marchitas, la urna de vuestros engaños y devaneos, para enseñar á esos discípulos que os escuchan el holocausto de la verdad, que es donde arde la pira de la virtud! Abrazad vuestros tomos de moral, no repaseis esos conceptos escritos quizá con sangre, por la mano del destino en el fondo de vuestras almas.

Si quereis moralizar á los que os estudian, decidles que tienen corazón; abridles el estadio del amor, y con un ósculo les amarrais por siempre á la columna del sacrificio, al despojo de las pequeñas pasiones, del que renacerán capaces del heroísmo y la grandeza.

¡Oh Diógenes! Enciende tu linterna: no busques un hombre. Corre á donde el cielo ha depositado un manantial de sentimiento y ternura, á la mujer: muéstrala, si la crees digna de enseñar su alma, y á sus pies verás lo que buscas con tanto desconsuelo. Verás al hombre.

¡Oh hijo de la Grecia, erudito ateniense! Tú levantas la enseña de tu patria para defender el Helicon y el Parnaso. Mira esa muchedumbre ansiosa de exterminio; los macedonios te esperan; piensa que quizá los cristales del Alpheo y del Eurotas han de enturbiarse con la sangre de sus hijos mas queridos; Melpómene correrá asustada al templo de Delphos, cuando Erato puede presentarte una estatua viva del amor. Enseñales una de esas vírgenes que han languidecido al rumor de la Castalia, y esas hordas, tímidas ó cobardes, se prosternarán ante tí. Tanto es grandiosa una mujer que ofrece un beso de amor.

Y vosotros, espíritus celestes: vosotros los que anegais vuestra existencia en la corriente de la melodía, decidme si allá en el cielo se dan besos de amor; porque si en las regiones divinas se negaran á las almas estas profundas magnetizaciones de su esencia, tal vez ¡oh ángeles! deseara enterrar la mía en el corazón de una mujer.

ANTONIO DE ZALDIVAR.

COSTUMBRES.

LA GENTE DE PLUMA Y LETRAS.

CUADROS AL PASTEL (DE LIEBRE) EMBORRONADOS POR UN SERVIDOR DE USTEDES.

Tomo I.—Libro I.—Parte I.^a—Art. 1.^o—Cuadro I.^o, etc.

—¿Qué es Vd?

—Artista.

—¿En qué?

—En bellas letras.

—No me conviene; preferiría que fuese Vd. artista en botas y zapatos.

—¡Oh!

—Le niego á Vd., pues, la mano de mi hija.

—¡Calabazas de padre y muy señor mío!

(ANÓNIMO.)

Te he entretenido, lector amado, con ese diálogo que por seguir la moda he colgado al principio de mi escrito, para distraerte mientras subimos los ciento dos escalones que conducen á la morada del individuo que ha de servirme para llenar este primer cuadro, que tengo el honor de presentarte.

Entrémos; la puerta está entornada. Pero ¿qué es esto, ciudadano lector? (El ciudadano es un epíteto de moda hoy.) ¿Te detienes, me miras con ojos centelleantes y te diriges otra vez hácia la escalera?

—¡Claro está! Me ha traído Vd. engañado, yo creí que serían cuadros originales los que Vd. me iba á enseñar, y ahora vamos á salir con las cosas de siempre, con el manoseado asunto de todos los días, con un joven que vive solo en una bohardilla desordenadamente amueblada, con botas por cuadros y pipas por candeleros, que debe al sastre y al casero que... vamos, lo de siempre.

—¿Has acabado ya, ciudadano lector?

—Sí.

—Pues no vuelvas á despegar los labios, y sigue comiigo. Empujemos la puerta y entremos sin ser sentidos. ¿Qué tal? Mira qué habitación tan linda y aseada, mira qué torrente de luz penetra por esa ventana, por donde solo se ven tejados y un cielo purísimo. Mira aquel lindo pajarillo aprisionado en estrecha jaula. ¿Qué orden en la habitación! ¿Qué frescura! ¿Qué pureza en el ambiente! ¿Qué muebles tan modestos y tan limpios! Aquí anda la mano de una mujer... En efecto, mírala en la habitación inmediata... Y es muy linda... Mira como riñe sonriendo á aquel diablillo rubio y sonrosado que salta y brinca y se burla de la cólera maternal. El niño corre y se oculta en una habitación inmediata, donde se entretiene inocentemente en hacer menudas trizas de un puñado de papeles.

Ocultémonos bien, que la madre entra aquí.

Es muy linda, en efecto; su sencillo vestido de percal dibuja un cuerpo esbelto y la sonrisa de sus labios dibuja el fondo de su alma, tan pura como la del diablillo rubio. Se acerca á la jaula y dirige cariñosas palabras al lindo cautivo; se acerca después á la pieza y procura arreglar un *marmagnum* de papeles. Allí anda la mano de un hombre; del mismo cuyos pasos siento y va á entrar aquí; lo he conocido en la alegría que se ha esparcido por el hermoso rostro de esa joven.

Ya entra; ocultémonos mas; no nos vaya á creer amantes anónimos ó viejos que andan á caza de Susanas.

Es un joven simpático y de fisonomía franca é inteligente...

—¡Caracoles!

—¿Qué es eso, lector?

—¿Me ha traído Vd. para ver estas cosas?

—Bah, ¿te asustas porque ha dado un beso á su mujer? Ese beso es tan puro y santo como ese rayo de sol que baña su alegre rostro. Cállate y escucha.

—¿Y el niño?

—Jugando ahí dentro. ¿Qué malo es!

—¡Un diablillo!

—Hoy le he castigado.

—¡Oiga!

—Pero se burla de mí el picaruelo. ¿Traes apetito?

—Sí, y además una buena noticia. Ya encontré editor para mi obra. Ya sabes, mi sueño dorado, de cuya realización depende nuestro porvenir y mi gloria.

—Dios escuchó mis oraciones. ¿Has trabajado tanto... ¡Cuántas noches pasadas en vela! Cuantos malos ratos...

—No, porque tú y nuestro hijo dulcificaban mis penas y alentaban mis esperanzas; porque yo sentía en mi mente una secreta voz que me decía: «Marcha»; y á través de los obstáculos con que he luchado y de las contrariedades que he sufrido, me animaba ese secreto impulso; y la presencia de mi mujercita y de mi hijo me daban fuerzas y valor sobrenaturales. Pero ese niño ¿dónde está? ¡Ah! aquí viene... ¿Por qué no ha venido Vd. á darme un beso?

—¡Sí, papá!

—¿Qué estabas haciendo?

—Nada.

—Nada bueno.

—No papá, no; dame un beso!

—¿Con que al fin hallaste editor?

—Sí, una casualidad; la Providencia, que ha escuchado tus ruegos; ¡eran los de un ángel! verás. Cansado ya de recorrer librerías y casas editoriales, me hallaba hoy en la de X" escuchando los inconvenientes que ponía en admitir mi proposición, fundándose

en los malos tiempos, en mi nombre desconocido aún y en otra porción de vulgaridades, cuando un caballero que estaba hojeando las cuartillas que había dado á X" para que juzgase, le llamó. X" me dejó con la palabra en la boca y estuvo hablando largo rato con aquel caballero, y acercándose después á mí, ¿cuál no sería mi sorpresa al ver que aceptaba mi proposición? Pero con unas condiciones tan miserables! Rubor me causa decir las condiciones del ajuste. Mas no importa, ya habrá lo suficiente para comer algún tiempo, comprarte un vestido y un traje al niño... y sobre todo... mi nombre será conocido... y mi porvenir asegurado... Mira... aquí... aquí está mi ventura (busca en la mesa.) ¿Y mis notas?... ¡Cielos!...

Revuelve la mesa, registra por todas partes, la mujer palidece... el niño sonríe maliciosamente...

—¿Y mis papeles?

—No sé, balbucea la joven esposa.

—Yo sí lo sé, dice el niño, men, papá, men, he hecho nieve... como la del teatro, men, men.

Y los conduce al cuarto inmediato, cuyo suelo está lleno de menuditos pedazos de papel cortado con tijeras.

—¡Maldición! esclama furioso el padre.

La madre se interpone.

El niño llora asustado, y diciendo:

—Yo qué que no servian; el papel estaba banco de un lado y nego por otro...

—Mis notas... el trabajo de diez meses de fatigas en archivos y bibliotecas... lo principal de mi obra... mi porvenir.

—Cálmate... tendrás que volverlo á hacer, pero al menos ya trabajarás con seguridad...

—¡Seguridad!... el editor no esperará tanto tiempo... Pero qué es eso, estais llorando... Bah... se acabó... ven acá, esposa mía... ven tú también. ángel mío... ¡Si supieras el daño que has hecho!

—Ya no lo haré mas... papá...

—Vámonos.

—¿Qué es eso lector? ¿lloras también?

—Valiente zurra le daba yo á ese chiquillo...

—Si fueras su padre... tal vez harías lo que este.

—Vámonos, enséñeme Vd. otro cuadro; pero no tan sentimental.

—Procuraré complacerte, ciudadano lector.

FERNANDO COSTA.

(Se continuará.)

LA NIÑA Y LA PRIMAVERA.

LA PRIMAVERA.

Entre purpúreas nubes
Con blando vuelo,
Coronada de flores
Salí del cielo;
Niña inocente,
Aquí traigo yo rosas
Para tu frente.

LA NIÑA.

Dáme, reina del prado,
Dáme esas flores,
Quiero adornar mi frente
Con sus colores;
Y en mi alegría,
Ofrecértelas todas
Virgen María.

Llegó la primavera presurosa
De la niña la frente acariciando,
Dióla un beso de amor y huyó dejando
En su seno infantil, eterna rosa.
—Toma,—dijo, y aspira de su esencia
El purísimo don que Dios te envía;
Yo me llevo las otras, alma mía,
Y te dejo... la flor de la inocencia.

E. LLOFRIU Y SAGRERA.

LA CARAVANA.

El interesante grabado que hoy publicamos representa una de esas escenas que con tanta frecuencia se ven en los áridos desiertos del Africa: pueblos enteros impulsados por el sentimiento religioso, por sus especiales creencias emprenden esos peligrosos viajes, exponiéndose á las fatigas y poniendo en riesgo hasta la existencia. Respirando una atmósfera sofocante, entre las privaciones de las comodidades de la vida, las caravanas son en aquellas desiertas llanuras la prueba mas patente del extremo á que pueden conducir las preocupaciones y el fanatismo. No arredran á aquellas tribus los esqueletos diseminados aquí y allá en aquella vía sin límites, ni las señales con que el camello anuncia la proximidad del simoun. El fatalismo á que obedecen les hace esperar la muerte con resignación. La madre vé al hijo palidecer y morir... Nada los detiene: es preciso llegar á la Meca: es preciso sacrificarlo todo por llegar al término del viaje.

EL NUEVO ISAAC.

I.

D. Lino iba viejo, era egoísta y tenía la mujer mas dulce, mas cariñosa y mas inteligente que Dios puede dar de compañera.

Veinte años de matrimonio sin fruto necesitan esta compensación, para evitar el disgusto ó el divorcio.

Doña Ana había pedido al cielo un hijo, y toda su felicidad descansaba en tenerlo, pero ¡ay! veinte años deseando no producen ni la hora de la satisfacción.

Por qué extraña coincidencia muere un hermano suyo, que era comerciante en el vecino imperio, donde emigró el año 23, y D. Lino y su cara mitad fueron á recoger la herencia y habitar algún tiempo en aquel país.

Tres meses estuvo llorando la pérdida sensible, como buena hermana, y al cabo de este tiempo volvió á su rincón á un pueblo de poca significación en la provincia de Valencia.

«Los duelos con pan son menos», decía D. Lino, cuando observaba que á poco de venir la buena de doña Ana, andaba muy contenta.

—Oye, ¿sabes que los cincuenta mil duros que hemos traído de Francia, te hacen vivir mas contenta? le dijo un día, y luego continuó, me estás reprendiendo siempre porque me gusta vender bien los frutos de la cosecha, y me llamas avaro porque siempre ando en busca de negocios...

—Lo que has de saber tú, es que dice un refrán, que «no hay mal que por bien no venga.»

—Tienes razón, era un mal que tu hermano muriese y un bien que tú le heredaras.

—No es mi alegría el haberle heredado, es otra cosa mejor, mucho mejor... es...

—¿Qué es?

—No te lo digo; te lo diré de aquí á tres meses, pe-

que había permanecido en Francia habían hecho el milagro.

Doña Ana compró la casa del conde, y avara de consagrarse al hijo, que todavía estaba en su seno, pasó á la quinta para no tener que contemplar sino la naturaleza y el fruto de su vientre.

Al poco tiempo D. Lino tenía en la finca una tropa de trabajadores de lo mas honrado que halló, y se propuso explotar aquella posesión, hasta que tubiera cuádruple presio de lo que había costado.

Doña Ana sonreía con su hijo, mas hermoso que todas las flores que veía en el jardín, y mas radiante que el lucero del amanecer.

Pasaron cinco años de felicidad, y D. Lino trajo un nuevo compañero como lo había soñado su esposa, un profesor para su tierno niño.

Pero ¡qué profesor! un joven de treinta años, recientemente viudo, abogado y pobre, que se hubiera casado al día siguiente de quedar viudo, si no hubiera temido no hallar madre para una hija de tres años, que era toda su felicidad.

Cuando D. Carlos fué á la quinta, le dijo doña Ana.

—¿Sabeis por qué os he manifestado deseos de que viniérais?

—Lo ignoro, señora mía.

—Por que sois abogado, y teneis fama de entendido.

—¡Ah! ¿y vos, teneis algun pleito que encomendarme? Lo agradezco, porque tengo pocos negocios, y cuando uno no tiene mujer, siempre tiene faltas que cubrir.

—No es un negocio el que voy á proponeros, es un convenio.

—Hablad.

—Vuestra hija es hermosa, y tiene para mí grandes atractivos.

Vos sois capaz de educar en la ciencia á mi hijo, ¿estais dispuesto á venir á la quinta á educarle, y yo os prometo que inclinando desde niños nuestros dos hijos á quererse como hermanos, pueden ser un día esposos? Mi hijo deberá á vos su educación, vuestra hija verá en mí su porvenir.

—¡Ah señora! apenas puedo creerlo; sería un sacrificio encerrarme en esta soledad, pero seré dichoso teniendo á mi hija, teniendo mis libros y haciendo la vida de padre y filósofo. Cuando os plazca estamos aquí, ¿pero está conforme D. Lino?

—He logrado, desde que soy madre, que se conforme á todo.

El abogado se despidió.

Doña Ana le dijo al niño:

—¿No sabes que vas á tener una hermana con quien jugar?

—Sí?... mamá? ¿cuándo?

—Muy pronto.

En la tarde llegó D. Lino, estuvo jugando á la pelota con su niño, y anunciándole que le regalaría un



DOÑA ANA Y SU HIJO.

ro bueno es que sepas que con los cincuenta mil duros voy á comprar la casa de campo y propiedad del conde de San Felices.

—No me parece mal, si te la dá en ese precio.

—Si cuesta mas, venderemos fincas de las que tenemos aquí, é iremos á vivir á aquella soledad.

—Déjame de soledades.

—Te aplazo dos meses, y verás como convienes en mis planes.

—¿Pero qué planes ni qué ocho cuartos? ¿de cuándo acá buscas el retiro?

—Ya lo verás, ya lo verás cuando...

—¿Cuándo? no te lo digo.

—Haces bien, pero se me figura que vas haciéndote vieja, porque tienes niñerías, ó que te hallas en ese período de la vida en que las mujeres tienen antojos y caprichos.

Las cosas eran verdad.

Dos meses despues doña Ana reveló á su esposo que iba á tener un hijo; su esposo no podía explicarse la causa, y el médico le advirtió que la variación de clima tenía influencia sobre la mujer en lo que afecta á la facultad de concebir, y que el viaje y tiempo



LA CARAVANA.

bonito sable si leía sin equivocarse un capítulo de las novelas de Lozano, autor del siglo pasado, cuya galanura de estilo había educado su gusto.

Conversó con su mitad, tomaron mutuo consejo y salió a ver los obreros.

Doña Ana quedó al hogar; caló sus lentes, porque la preveía se le había adelantado a lo regular de la edad en que sucede, y poniendo al lado una banasta de ropa blanca, empezó a arreglar una larga y blanca media de las que solía ponerse D. Lino para precaverse de la humedad.

Julio entonces jugueteaba con el gatito y observando a su mamá. De cuando en cuando iba, la daba un cariñoso beso, la mamá le llamaba duque, mariscal de campo y otra porción de esas sublimes sandeces y divinos disparates que tiene el repertorio de una madre para decir gracias a su hijo.

Y este entretenimiento era el que solía ocupar las tardes en aquel hogar dichoso, alternando con la lección diaria y repetida, en que parecía librar la buena madre todo su buen deseo y santa intención para educar a su hijo.

Viene don Carlos y pone el sistema educativo del filósofo de Ginebra.

La buena madre quería hacer de su hijo un buen cristiano.

El abogado quería hacerlo un filósofo, y creyendo sembrar en propia cosecha, daba al que hubiera de ser su hijo aquel espíritu de investigación que hubiera de hacerle un gran hombre, digno de la ciencia y de la patria.

Algo hubieron de discutir la madre y el profesor, pero se convinieron y lo que es más, educó la madre a la futura nuera, según D. Carlos dirigía, modelada en la Sofia del *Emilio*.

Los dos tiernos ángeles iban creciendo, como las plantas del campo en que se criaban, y trascribían sus mejillas el subido color de las lozanas rosas que veían todas las mañanas primaverales.

Pero no siempre se consigue lo que desea.

Julio tenía diez y seis años, y la hermana, que había de ser su esposa, catorce.

Se venció la repugnancia del padre que quería dar a su hijo un título académico y no tenerle siempre en la quinta, porque según él, las aulas y los claustros universitarios eran los que debían imprimirla ciencia.

Pero lo que no fué posible vencer ni se trató de ello, era el deseo de que pasara uno ó dos años en la capital del imperio francés, y para evitar los escollos del joven que va a internarse en un gran mundo, se acordó fuera con él su profesor, quedando la niña al lado de sus futuros padres.

(Se continuará.)

EL CAPITAN ERRADIO,

6

QUERER NO ES AMAR.

(Continuación.)

—¡Cinco mill! exclamé. Al oír estas dos palabras, todos los asistentes se volvieron hacia mí, mirándome como aturridos. Mi vecino no creyó prudente ofrecer mayor cantidad, y me quedé poseedor del ser más admirable, mas puro y más divino, y también más desgraciado, porque la adversidad persigue incesantemente a las buenas cualidades del alma, que jamás he conocido.

Mi primer cuidado fué el quitarle sus vestidos de esclava y de comprarle otros más dignos de su belleza. Hice arreglar para ella un camarote junto al mío, y dos días después levantamos anclas.

El capitán vació otra copa de rom y prosiguió:

—Así como el espíritu del bien apacigua nuestro carácter y nos hace abandonar las malas intenciones que nos sugiere el espíritu del mal, la presencia de Fatmé a bordo, su vejez y su compañía me hicieron descuidar mis propósitos vengativos, y llegó un momento en que pasó por mi mente el pensamiento de abandonar todo y de volver a España con toda mi gente para vivir en mi patria al lado de Fatmé, tranquilo é ignorado de todo el mundo. Pero desgraciada-

mente esa buena intención duró solo un minuto; mi orgullo herido me acusó de cobardía, mi conciencia me preguntó si aún vivía el capitán de la *Pantera*, y sin embargo, la sombra de Fatmé me decía: seamos felices.

Entregados mi cuerpo y mi alma a un combate encarnizado, terrible, subí sobre el puente y las caras feroces de mis marineros me preguntaban: ¿A dónde está el capitán de la *Pantera*? Y mi lengua contestó al timonero: ¡Rumbo al cabo de Buena Esperanza!

Durante casi todo el tiempo que duró la travesía me quedé al lado de Fatmé, luego sentados en su camarote, luego paseándonos sobre cubierta. Los días pasaban para mí inapercibidos; cuando me alejaba de ella, me parecía que me faltaba algo.

Mi conciencia me repetía: amor, y el capitán de la *Pantera*, me contestaba: venganza. La una me ofrecía un sueño lleno de encantos y de deleites, y el otro me recordaba una realidad triste y feroz. ¡Fatal sarcasmo, decisión horrenda!... Y los rostros despiadados de los marineros, me repetían sin tregua: ¿A dónde está el capitán de la *Pantera*? ¡Fatal coincidencia!

Mas el amor sobrepujó al deber.

Bajo el pretexto de que el Océano indiano ofrecía más ancho campo a nuestras piraterías, pude apaciguar a la tripulación de la corbeta y entregarme en cuerpo y alma al amor que quiso dispensarme Fatmé, abandonando completamente de este modo a mi teniente la dirección entera de la *Pantera*.

Volvimos a cruzar muy felizmente el estrecho de Gibraltar, é hicimos rumbo hacia el Sur, costearo las tierras africanas.

Llegando enfrente de las costas de Guinea, mi teniente bajó a prevenirme, en el camarote de Fatmé, que se veía una corbeta navegando en aquellas aguas con el pabellón español. La noticia no produjo sobre mí aquel mismo efecto que producía antes, hasta la acogí con cierta frialdad, lo cual tuvo lugar de extrañar bastante a mi teniente, y solo me contenté con responder:

—Bueno, haga V. lo que en tal caso se debe hacer.

Y después de haberme despedido de Fatmé y haberme armado, subí sobre cubierta, donde mi teniente daba ya sus órdenes.

Al verme llegar ya preparado, la tripulación me acogió con un formidable y alegre ¡hurra! de satisfacción, y esa exclamación de placer, que me probaba una vez más cuán adictos eran a mi persona, me bastó para animarme y recordar mis deberes.

Subí sobre el puente para dar yo mismo mis órdenes. Fatmé, sentada sobre un montón de cuerdas, me había precedido y me esperaba.

Al verme llegar se precipitó hacia mí y me dijo:

—¿Qué es esto? dime, Erradio.

—Nada, contestéle, baja a tu camarote y quédate allí hasta que te haga prevenir.

Y para probarla que quería ser obedecido, la cogí de la mano y la acompañé hasta la puerta de su cuarto.

A mi señal retumbó el primer cañonazo con pólvora, y al cabo de dos minutos vimos perfectamente la corbeta virar y arrumarse hacia nosotros. Llegada que hubo a la distancia de media milla, se destacó de ella una lancha y recibimos la visita del capitán. Este se espresó perfectamente en español, me dijo ser capitán de corbeta mercante y me ofreció sus servicios. Hice poner a la mar la canoa mayor armada en guerra, y tomando conmigo diez y seis hombres y un oficial, me dirigí hacia la corbeta.

La recepción que me hicieron no pudo ser mejor, nos trataron como unos verdaderos amigos de ogaño.

Mientras estaba hablando con el capitán, el oficial que me había acompañado entró en el camarote donde no hallábamnos, é interrumpiéndome, dijo sonriendo a mi interlocutor.

—Diga V. capitán, ¿qué tal anda el trato de los negros?

Le aseguro a V. que esta pregunta me sorprendió tanto a mí como al interpelado.

Cuando hubo pasado el primer momento de estupor, el capitán contestó:

—Yo no se lo que V. quiere decir.

—¡Eh, eh! vamos, veo que es V. más discreto que sus marineros, y si no quiere que una amistad, em-

pezada bajo tan buenos augurios, concluya mal, va usted a dejar en su sitio correspondiente todos los negros que tenga V. a bordo.

El capitán, comerciante negrero, viendo que no había medio de disculparse ni de resistir, se conformó con el fallo amistoso de mi teniente, y al otro día por la mañana procedió, bajo nuestra vigilancia, al desembarco de trescientos sesenta negros, que se llevaban a Cuba.

Cuando Fatmé conoció el motivo de nuestros preparativos belicosos y de nuestra estancia en aquellos parajes, no pudo contener su alegría; sus votos de gracias para toda la tripulación de la *Pantera* eran interminables:

Asegurados de que el desembarco de los negros era completo, continuamos nuestra marcha hacia el Sur.

Doblamos muy felizmente el cabo de Buena-Esperanza.

Pero, hasta entonces, el cielo nos había favorecido demasiado.

El calor tropical, hasta entonces soportable, se volvió pesado.

A los dos días de haber pasado el cabo, el cielo se cubrió de nubes de un color pardusco, los truenos empezaron a hacerse oír, no redoblados y retumbantes, pero con un ruido sordo, igual y prolongado, como el redoble de un tambor cubierto con un crespon fúnebre.

Después de haber tomado algunas medidas para el caso, bajé al cuarto de Fatmé. La encontré tendida en su camilla, y una sonrisa se dibujó sobre sus labios al verme entrar.

Al abrir la boca para decirle algunas palabras, oímos un gran ruido sobre el alcázar.

—¿Qué es eso, Alvarez? pregunté desde el camarote al teniente.

—Se ha declarado una vía de agua.

Oír esto y dirigirme al sitio del peligro, fué cosa de un instante.

De una ojeada ví que no había remedio que oponer al mal; las dos bombas de la *Pantera* no bastaban para vaciar la sentina; los esfuerzos de los marineros parecían inútiles ante la violencia de la invasión. Después de haber dictado algunas órdenes, me dirigí al camarote de Fatmé.

Estaba aún en la misma posición, medio muerta de pavor.

Al verme entrar todo turbado, se incorporó hacia mí y me preguntó:

—¡Dios mío! ¿Qué es eso?

Y yo, sin ponderar mis palabras, le contesté:

—Estamos perdidos, Fatmé, antes de diez minutos la *Pantera* no existirá ya.

—¿Qué dices?

—Una vía de agua acaba de abrirse, mira...

Efectivamente, la portañola había bajado un pie y seguía bajando.

—Es verdad, vamos a morir, dijo Fatmé pensativa.

Y sus mejillas se volvieron purpúreas, y un rayo de luz brilló en sus ojos húmedos de lágrimas.

—¡Morir! repitió, Dios me ha oído.

Y su rostro se iluminó.

Acerquéme a ella y cogí sus manos abrasadas entre las mías.

—Y es porque vamos a morir, Fatmé, que he venido a morir a tu lado. Y daría mi vida por esa muerte... aunque mi vida volviese a ser larga y próspera... y si pudiera hacerte feliz... ¡Dios mío, Dios mío! porque no he hecho caso de tus consejos, de tus súplicas... tú serías feliz al lado de mi madre y de mis hermanas... ¡Oh, maldita venganza! ¡Oh, funesto amor propio, estos son tus golpes!... ¡Dios me castiga, bendito sea su nombre!...

Un grito horrible, que venía de la cubierta, cubrió mi voz: miré hacia la mar, la portañola había bajado hasta el nivel de las aguas.

—¿Oyes, Fatmé? dije estrechándola con pasión.

—¡Oh! oigo bien, Erradio. En fin, voy a morir contigo.

—Sí, conmigo, y nuestros labios se unieron.

A esta impresión profunda, eléctrica, a este beso mordaz, su cabeza se perdió. El fuego le quedó en los labios, todo su ser se concentró bajo ese cariño ardiente, y cayó anonada entre mis brazos.

—¡Oh! bendita sea la muerte que viene! murmuraba, si me da el tiempo y la fuerza de convencerte de que te amo, Erradio, cuanto te amo; pero al borde de la tumba puedo hacerte esta confesion sin ser infame, ¿no es verdad?

—¡Oh, Fatmé! y la cubria de besos delirantes. El amor, la dicha, nos habrán matado antes que la muerte que se acerca.

—Sí, antes de morir, te lo quiero repetir, que te amo, que te adoro; tú, mi demonio y mi ángel: tú, mis lágrimas y mi felicidad, tú. ¡Oh! dime que me quieres, que me amas... ¡Mi amor ardiente, mi alma, mi Erradio, te amo, ¿oyes bien? te adoro!

—¡Yo tambien, Fatmé, mi Fatmé, te amo!
¡Infame mentira!!

ALBERTO MONTAUD.

(Se continuará.)

EN UNA NOCHE DE ESTIO.

(Traducción de Wise-Bonaparte.)

Donde está la amada mia,
Donde está mi dulce dueño,
Léjos de Irlanda mi patria
Dirigo mi pensamiento.

Mi corazón vá volando
Cual pajarillo ligero
Donde ella está, como un ángel,
Tendida en el blando lecho.

A la aurora matutina
Que me trae su recuerdo,
Llegar en su carro de oro
Desde mi ventana veo.

Cual rayos de sol alumbran
Estrella, luna y lucero,
Y en el río se reflejan
Los montes de nieve llenos.

La cortina de mi alcoba
Mece de la brisa el beso.
Y desde aquí se perciben
Del ruiseñor los gorjeos.

Lejos de Irlanda mi patria
Dirijo mi pensamiento,
Donde está la amada mia,
Donde está mi dulce dueño.

Tiene la frente apoyada
Sobre su brazo derecho,
Y la negra cabellera
Abriga su chérneo cuello.

A las purpurinas nubes
El agua sirve de espejo...
La calma en que ella reposa
Muestra la paz de su pecho.

¡Aquí me tienes, mi amada,
Puesto en tí mi pensamiento,
Que te vé soñar conmigo
Como yo contigo sueño!

JOSÉ F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

LAS AVENTURAS DE CHIRIVITAS.

ESCRITAS POR TODO EL MUNDO.

(Continuación.)

Algo extrañado de ese singular dolor de su vecino, Chirivitas se despidió de él deseándole buena salud.

—Gracias, contestó el viudo, pienso que este paaseito me sentará bien.

—¿En qué banco le va á sentar?

Y como seguía su camino, Chirivitas se encontró detrás de una mujer, que andaba deprisa, escondiendo un paquete bajo su velo.

El paquete cayó al suelo.

Era una pierna de carnero que esa señora acababa de comprar.

Chirivitas recogió la pierna y, corriendo detrás de la señora, que no había reparado su pérdida, le dijo con la mas exquisita galantería:

—Señora, se le ha caído á V. el abanico.

Habiéndose vuelto la señora para darle las gracias, Chirivitas reconoció á la dueña de una casa, donde unos días antes le habían convidado á una *soirée*.

La señora le reconoció tambien y se quedó confundida, y llamó á un cochero de plaza que pasaba.

—¿Tiene V. prisa? preguntó Chirivitas.

—Muchísima.

—Entonces, ¿por qué toma V. un coche de dos caballos?

—¿Y de cuántos debo tomarle?

—De uno solo, irá V. mas á prisa.

—¿Por qué?

—Por esa razon muy natural de que hay un caballo menos que tirar.

Chirivitas miraba el coche alejarse, cuando se sintió tocar en el hombro.

Era uno de sus amigos que traía una de las caras mas compungidas del mundo.

—¿Parece V. muy triste? le dijo Chirivitas.

—No me hable V. de ello. Mi tío el ricachon ha muerto.

—Entonces comprendo su dolor.

—V. no comprende! No es la pérdida de ese buen hombre lo que me entristece, es la pérdida de su herencia.

Acabo de asistir en casa del notario á la lectura del testamento, que contiene esta cláusula: «Cedo todo mi haber á mi buena cocinera Catalina, la cual me cerrará los ojos.»

El testamento está en buena forma; no hay medio ninguno de atacarle; en vano busco una causa de nulidad.

—Aguarde V., dijo Chirivitas, ¿el tío de V. no era tuerto?

—Justamente.

—Entonces Catalina no le puede haber cerrado los ojos; la condición no se ha llenado, y por consiguiente el testamento es nulo.

—¡Ah! V. me ha salvado; corro á casa de mi abogado.

—¿Quién es su abogado?

—X...

—Yo tomaría otro. Figúrese V. que el verano pasado le convidé á pasar algunos días á mi casa de campo y le hice probar mi vino del año. Ese vino era encarnado como la sangre y me dijo que era *verde*. De ahí deduzco que no vé las cosas muy claro.

—Pondré su consejo en práctica.

Feliz de haber dado un consejo á su amigo, Chirivitas recordó que tenía que comprar ropa interior y se dirigió á la plazuela de Sto. Domingo á casa un tal Calicot, cuya bestialidad era proverbial.

—Enséñeme V. una docena de camisas interiores.

—Ahí tiene V., primera calidad.

—¿Cuánto?

—Cuarenta reales cada una.

—Envuélvamelas V.; y esos calcetines encarnados ¿cuál es su precio?

—Veinte reales par.

—Déme V. doce; ahora que lo recuerdo, no tomo las camisetas.

—Bueno, caballero.

Y Chirivitas salió con los calcetines debajo el brazo.

—¡Hé! caballero, ¿no me paga V. los calcetines?

—Puesto que se los he cambiado contra las camisetas...

—Pero no ha pagado V. las camisetas.

—¡Puesto que no me las llevo!

—¡Ah! es verdad, dijo el comerciante.

Y dejó á Chirivitas marcharse con los calcetines, que le habían costado tan barato.

Al entrar en la calle de Jacometrezo, Chirivitas vió mucha gente parada delante de un puesto de frutas y huevos. Era un perro de caza que había matado un conejo, perteneciente al frutero.

Este había llamado á un agente de servicio público para obligar al dueño del perro á pagar el conejo. Y

como pedía un precio excesivo, el caballero se negaba á ello y quería una rebaja, cuando se sintió tirar por detrás y vió á Chirivitas, que le dijo al oído:

—Para ganar los dos, me da V. un duro y digo que es el conejo el que ha mordido primero al perro.

Terminado este asunto, Chirivitas se marchó con ese caballero, que era amigo suyo, y le dijo:

—¿Cómo está V. desde que no le he visto?

—Siempre con dolor de pecho.

—Fuma V. mucho.

—¿Qué importa?

—Esto abrevia la vida.

—¡Cá, hombre! los antiguos no fumaban, y, sin embargo, todos han muerto.

Después de esta corta conversacion, Chirivitas y su amigo se separaron, prometiéndose ver mas á menudo, y nuestro héroe se dirigió hácia la plaza Mayor para ir al gabinete de lectura á consultar el diario de avisos, por ver si encontraba una criada á su gusto. Encontró los siguientes anuncios:

«Una señora enteramente calva desea contraer matrimonio, bajo el régimen de la comunidad, con un jóven que tenga una cabellera abundante.»

—«Un ratero, sorprendido *in fraganti* robando en una casa, desea encontrar una persona recomendable que pretenda haberle hecho ese encargo.»

—«Se pide una colocacion de horticultor en casa de una señora que tenga plantas en el balcon.»

—«Se desea encontrar una cartera que contenga diez mil duros en billetes del Banco.»

—«Se vende una máquina hidráulica para alargar las cuentas de boticarios y sastres.»

—«Un jóven, obligado á quedarse en la cama por falta de ropa, lo cual le impide ir á su oficina, pide una colocacion... en un traje completo.»

En el gabinete habia un caballero que leía *La Correspondencia* en alta voz y bastante correctamente.

Un vecino de Chirivitas, admirado, exclamó: ¡Qué lleno está de su sugeto!

Chirivitas, que esa lectura fastidiaba un tanto, contestó:

—Por eso tarda tanto en vaciarse.

Y viendo que no encontraba lo que buscaba, se marchó con direccion al correo, para enviar el dinero á su sobrino.

Después de haber llenado todas las formalidades necesarias para el caso, salió para ir á comer.

A la puerta, un militar se acercó á él con una carta abierta en la mano.

—Caballero, ¿quisiera V. hacerme un favor? preguntó el hijo de la Victoria.

—¿Cuál es?

—No sé leer, y desearia saber lo que me dice mi paisana Francisca.

Siempre complaciente, Chirivitas tomó la carta del soldado y empezó á leer con alta voz; pero la correspondencia de Paquita daba unos detalles tan íntimos... tan comprometedores... que el ingenuo militar, deseperado de que un extraño se enterara de sus secretos, aplicó en seguida sus dos manos contra los oídos de Chirivitas, para que de este modo no oyera las confidencias. Tranquilizado por este medio, el soldado escuchó con mas sosiego.

Concluido este favor, Chirivitas dejó el correo, y como era aún muy temprano para ir á comer, entró en un café para tomar un ajeno y entrar en apetito. A su lado estaban hablando algunos caballeros.

—¿Por qué Cascante se pone lentes color de chocolate, siempre que vá al café?

—Para hacerse una ilusion... como que no quiere gastarse dos reales por un café, toma un vaso de agua con azúcar, y el color de los cristales de los lentes le hace figurarse que toma café.

Después de haber traído su droga, Chirivitas se dirigió hácia la fonda.

A la primer cucharada de sopa que tomó, Chirivitas soltó un grito; acababa de tragarse un pelo, devolvió la sopa al mozo, el cual se la llevó murmurando.

—¡Vaya una comedia por un solo pelo! Todos los días encuentran millares de ellos sobre la cabeza de una mujer guapa, y eso no los disgusta... ¡Oh! qué caprichosos! ya empiezan á fastidiarme!

(SE CONCLUIRÁ.)

CURSOS NOCTURNOS PARA ADULTOS.

En la explicación de un grabado inserto en el número 4.º de nuestra edición, dí cuenta á nuestros suscritores de los adelantos de la instrucción popular en Alemania, á la par que lamentaba el estado deplorable de ignorancia en que se encuentra aún sumida la mayor parte del pueblo español.

De un mes á esta parte el estado de cosas ha cambiado enteramente de giro. En casi todos los distritos de la capital se han establecido, bajo la dirección de ilustres profesores, varios cursos para la instrucción gratuita de la clase obrera, y algunas provincias han imitado este noble ejemplo.

No podemos menos de felicitar y proteger á los iniciadores de tan digno pensamiento, y esperamos que Mr. J. Manier tendrá que reformar pronto, muy pronto, su mapa de instrucción popular en Europa.

España emplea para la instrucción pública 40 céntimos de franco ó sean 151 milésimas de escudo por cada habitante.

Es muy triste pensar que es este uno de los países de Europa que menos sacrificios hacen para el interés del pueblo, y que gran parte del dinero que se derrocha en gastos supérfluos y en pensiones inútiles, podría invertirse en dicho ramo.

VITE-CELOM.

LA FALTA DE UN CLAVO.

Un mercader había hecho en la feria de cierto pueblo lo que se llama un negocio redondo. Conver-

rta, el criado que cuidaba del caballo que montaba, le dijo:

—Mire Vd., señor, que al jaco le falta un clavo en la pata izquierda.

—No importa, respondió el mercader; la herradura no fallará por eso en las seis leguas que nos quedan que andar para llegar á casa; y con esto volvió á ponerse en camino.

Cerca de mediodía apeóse de nuevo para dar un pienso á su cabalgadura, y acercándose el mozo le dijo:

—Señor, el caballo está desherrado de la pata izquierda; será preciso llevarle al albeitar.

—No quiero detenerme; para dos leguas que faltan bien puede el caballo tirar así: con que vamos andando.

Montó, pues, de nuevo, y continuó su marcha, pero á poco rato el caballo empezó á cojear; un poco mas lejos daba ya tropezones mayúsculos, hasta que al fin dió con su cuerpo en tierra, rompiéndose una pata al caer.

El mercader, dándose á todos los diablos, se levantó del suelo como pudo y se vió en la precisión de abandonar el jaco, desatar la baliya, echársela á la espalda y emprender á pié la jornada; siendo ya bien entrada la noche cuando llegó á su casa estropeado y cariacontecido, murmurando á cada

momento: «El maldito clavo, de que no quise hacer aprecio, ha sido causa de todas estas desventuras.»

Y nosotros, á este propósito, no podemos menos de recordar el proverbio castellano que dice: *Visteme despacio que estoy deprisa.*

Imprenta de Noguera, Bordadores, 7.



Cursos nocturnos para adultos.

tidos todos sus géneros en buenas monedas de plata y oro, regresaba á sus hogares lleno de contento, caminando mas aprisa de lo regular, para que no le sorprendiera la noche en el camino.

Detúvose, sin embargo, al mediodía para comer, en un lugarcillo, y cuando se disponía á continuar su



El inventor del Aceite de Bellotas

AL PUBLICO EN GENERAL.

Cuando un capital de tiempo, desvelos y dinero ha constituido la obra que el individuo se propone, da derecho á su propiedad; todo plágio ó falsificación se considera como un robo. El *Aceite de Bellotas* de mi invención, para los cabellos, «que mas de 200 periódicos han recomendado» se ha tratado de falsificar, haciendo groseras composiciones, plagiando mis etiquetas, imitando mis frascos, etc., etc.

A la humanidad entera diré, que el secreto de fabricación y materias que componen este precioso cosmético medicinal no ha sido revelado á nadie, absolutamente á nadie: desconfíese por lo tanto del que no se venda en la calle de las Tres Cruces, núm. 1, cuarto principal, (frente al Pasaje de Murga), almacén de la fábrica, á 6, 12, y 18 rs. frasco, único depósito en Madrid: mi nombre está grabado en las etiquetas y en los frascos: mis prospectos timbrados para conocer el legítimo, que es este, del falsificado.

A los falsificadores les aplicaré el soneto, en su parte relativa, que García López dedica á los plagiarios:

*«Ratero del Parnaso, bardo huero;
Petrarca en comision, sabio anarquista,
del divino jardín contrabandista
Judas del arte, sacristán de Homero;
Acólito del génio verdadero;
de ageno capital capitalista;
conquistador sin medios de conquista;*

*Moreto de carton, Tasso de cuero;
Detén tu audacia ya; de tu delito
se ocupan, rebuscándote un fracaso,
cuantos aman del arte lo infinito;
Y por cerrarte para siempre el paso,
se ha mandado á las Musas por escrito
que haya guardia civil en el Parnaso.»*

El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de todo el globo.

Nota. Desde 1.º de Marzo de 1869, se han adoptado nuevos frascos de cristal ingleses, de 20 por 100 mas de cabida, en obsequio al público que tanto nos distingue.

Dirigirse al nuevo almacén, calle de las Tres Cruces, núm. 1, cuarto principal. Por mayor se hace 25 por 100 de descuento.

SIMARRO

Y
compañía.

CALLE

DE LEON

n.º 30.

La administración de este periódico ofrece á sus numerosos favorecedores hacerse cargo de toda clase de impresiones que se les ocurran, con una economía desconocida hasta hoy.

CHOCOLATES.

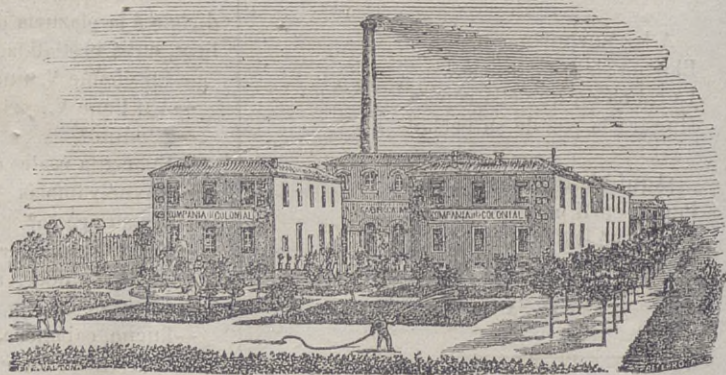
FÁBRICA MODELO

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL.

14 AÑOS DE EXISTENCIA.

ONCE MEDALLAS DE PREMIO.

CAFÉS, TÉS, TAPIOCA
DE TODAS CLASES.

Depósito general, calle Mayor 18 y 20.—Madrid.

SUCURSAL, MONTERA, 8.

En la Administración de este periódico se necesitan comisionados viajeros para provincias. Para tratar de condiciones dirigirse á la misma, calle de Prim, núm. 33.